

La democracia ha muerto: ¡viva la democracia! La Nación y la (re)producción de representaciones políticas en la Argentina de 1975.

José Daniel Benclowicz.

Cita:

José Daniel Benclowicz (2007). *La democracia ha muerto: ¡viva la democracia! La Nación y la (re)producción de representaciones políticas en la Argentina de 1975*. VII Jornadas de Sociología. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-106/282>

La democracia ha muerto: ¡viva la democracia!
La Nación y la (re)producción de representaciones políticas en la Argentina de 1975

José Daniel Benclowicz

Instituto de Investigaciones Gino Germani, Facultad de Ciencias Sociales,
Universidad de Buenos Aires.

jd.benclowicz@gmail.com

INTRODUCCIÓN

Es sabido que el golpe de Estado del 24 de marzo de 1976 en la Argentina fue anunciado una y otra vez antes de ser consumado. La organización y radicalización de un sector creciente de las clases obrera y media impactaba fuertemente en un escenario en el que distintos grupos de la clase dominante luchaban para establecer su hegemonía. Ahora bien, la represión en general y el golpe en particular requirieron de un consenso básico para ser llevados adelante. En este sentido, la construcción y la transmisión de un discurso que planteaba como única alternativa posible una solución represiva y autoritaria para la profunda crisis social y política que se estaba desarrollando, aparece como un elemento central a la hora de pensar la aceptación o resignación de amplios sectores de la población ante el golpe del '76. En torno a este punto, resulta fundamental considerar que los medios masivos de comunicación son una pieza clave en la gestación de consenso social porque su discurso se construye desde el *saber* (lo que ocurre), y por lo tanto tiende a presentarse objetivado como información, o sea, más allá de cualquier interés particular. Esta característica del discurso periodístico –y de cierto discurso científico– favorece la transmisión de mensajes, valores, creencias y comportamientos determinados (Verón 1987), (Chomsky y Herman 1990). En este sentido, siguiendo a Foucault, pueden ser pensados como dispositivos de saber-poder, que (re)producen modos de hacer pensar, hacer escuchar, hacer ver, hacer-hacer (Foucault 1976 y 1980). ¿Dónde empezar a rastrear la construcción de ese consenso y sus mecanismos? Aquí se optó por abordar el estudio de uno de los íconos más importantes del pensamiento de la derecha liberal¹ en la Argentina: el diario *La Nación*.

Desde sus inicios, el periódico fundado por Bartolomé Mitre se propuso constituirse como “tribuna de doctrina” de la clase dirigente, que por ese entonces se conformaba claramente en torno a la burguesía terrateniente. Sin embargo, como señala Sidicaro, su lucha por ocupar posiciones dominantes en la prensa medió en su relación con los grupos sociales con los que tenía mayor cercanía (Sidicaro 1993: 12). De allí, la importancia de un diario que siempre tuvo una de las mayores tiradas del país² y que se dirige a quienes se encuentran en las estructuras del poder social, político y económico. Gramsci señala que cada clase, “[...] se crea conjunta y orgánicamente uno o más rangos de intelectuales que le dan homogeneidad y conciencia de la propia función” (Gramsci 1984: 9 y 10). En este sentido, es posible pensar que *La*

Nación procura construirse como un "Estado mayor intelectual" de la clase dominante, que influye a sus distintos partidos, funcionarios y público en general.³

Sobre la base de lo que expuse hasta aquí, me propongo rastrear el comienzo de la (re)producción de un discurso favorable al golpe de Estado en las páginas de *La Nación*, y los entrecruzamientos históricos que sirven de escenario y motivo para el desarrollo de esa orientación. En otras palabras, intentaré localizar las primeras emisiones de esa voz en las páginas del diario: si a principios de 1976 el consenso gestado en función de una salida militar aparece reflejado claramente en los principales medios,⁴ esto no resuelve el interrogante de cuándo empieza, particularmente en el caso que analizo, la "propaganda" golpista. Establecer ese momento, decodificando los vaivenes de la coyuntura social y política que inclinaron la balanza en ese sentido, constituye el propósito central de este trabajo. A su vez, examinaré brevemente los discursos sobre la democracia y la "subversión", que se cruzan con el primero y eventualmente lo nutren.

Ricardo Sidicaro (1993: 8) sostiene que los editoriales de *La Nación* son presentados bajo el formato de una explicación objetiva, con un discurso de características pedagógicas, aumentando de este modo las posibilidades de aceptación por parte de los lectores de la opinión del diario. Sin embargo, considero pertinente asumir que las posibilidades de obtener ese resultado aumentan considerablemente si los mecanismos empleados son más sutiles que la simple pretensión de presentar un discurso de opinión como si se tratase de una posición neutral. En las crónicas que ofrecen un panorama del acontecer cotidiano aparecen distintos tipos de mensajes ocultos entre la información que favorecen la aprehensión de la realidad desde una perspectiva determinada, de este modo, la opinión emerge con la misma fuerza de verdad que los propios hechos que se describen.⁵ En este sentido, analizaré de manera conjunta los presupuestos⁶ que nutren a las notas de actualidad y a los editoriales hacia 1975.⁷

LA CUESTIÓN DE LA DEMOCRACIA

El período abierto en 1946 desplegó distintas facetas en la concepción de democracia. Desde el punto de vista electoral, dio lugar a la emergencia del primer gobierno surgido de la voluntad popular desde 1928. Por otra parte, la creciente gravitación de la clase obrera en la alianza gobernante aseguró un amplio desarrollo de lo que más adelante se conocería bajo el nombre de la ciudadanía social, es decir, la incorporación de los derechos sociales como parte constitutiva de la democracia. En contraste, la dimensión de las libertades civiles –como la libertad de prensa y de opinión– estuvo bastante acotada, como lo ilustran distintos acontecimientos, entre los que se pueden mencionar la clausura del diario *La Prensa*, la persecución y en muchos casos el encarcelamiento de los opositores al régimen y la intervención en las universidades. Sin embargo, es necesario apuntar que este tipo de prácticas no surgieron con el peronismo, sino que aparecen con distintas características en todos los regímenes políticos previos desde la organización nacional. En

efecto, la sanción de las leyes de Residencia y de Defensa Social, en 1902 y 1910 respectivamente, ilustran la dimensión de una política de represión contra las ideas y los cuerpos del naciente movimiento obrero que no se interrumpió con el advenimiento del radicalismo al poder⁸ Al desconocer los derechos civiles del movimiento obrero, la democracia "realmente existente" privaba a buena parte de la ciudadanía de los mismos. Va de suyo que esta tendencia se mantuvo e incluso se exacerbó con el regreso de los gobiernos conservadores a partir del golpe de 1930.

Sidicaro señala que predomina en *La Nación* una "[...] valoración positiva de las instituciones democráticas" (Sidicaro, 1993), lo que resulta particularmente notorio antes y después de 1966, contexto en el que el periódico condenó primero la posibilidad de un golpe de Estado y se ubicó luego entre los críticos de la dictadura de Onganía. Ahora bien: ¿de qué instituciones estamos hablando? En el discurso del matutino, la democracia se asume tradicionalmente como principio exclusivamente republicano, de ahí que se señale que se trata de una visión restrictiva. Pero la "Revolución Libertadora" de 1955 eliminó la democracia en el plano político, proscribiendo al partido mayoritario; en el plano civil, persiguiendo a sus seguidores; intentó –sin mayor éxito– hacerla retroceder en el plano social.

Durante el gobierno de Guido, en septiembre de 1962, se produjo el conocido enfrentamiento entre dos facciones del ejército, que tuvo como consecuencia la imposición de "azules" sobre "colorados". Los primeros, favorables a propiciar el reestablecimiento institucional, cosechaban por ese motivo la simpatía del matutino. No obstante, cuando el azulismo encaró negociaciones con todos los partidos para preparar el llamado a elecciones, se hizo explícito mediante un editorial la impugnación a quienes "[...] aspiraban a recorrer por segunda vez el tramo 1945-1955 (habiendo sido) el sector que menos esfuerzo realizó por conquistar el derecho a una inclusión rehabilitadora"⁹ Es decir que este "sector" -mayoritario- no tenía derecho *per se* a participar de las elecciones, debía "rehabilitarse", o sea cambiar su plataforma. Los intelectuales de *La Nación* no ignoraban la tensión que surgía entre la defensa proclamada de la democracia electoral y su apoyo a las medidas proscriptivas. Admitían que "No podrá negarse la inadecuación del método elegido con un orden jurídico normal [...]",¹⁰ pero las justificaban remitiéndose al carácter "totalitario y subversivo" que habría tenido el gobierno de Perón: ese hecho justificaba las restricciones.

Como es sabido, la tentativa de incluir al peronismo no prosperó, y sus votantes se volcaron a la abstención. Así es que se proclamó Presidente a Arturo Illia con el 25% de los sufragios. La variante que se imponía no sólo era contraria al deseo de las masas, sino que -y en parte por ese mismo motivo- debía contar con un explícito respaldo militar para poder sostenerse. Su viabilidad estaba minada por el creciente rechazo popular en un marco donde se podía contar con el respeto, en general, de las garantías individuales, aunque se desconocieran los derechos políticos de una clase obrera que insistía en su identificación con el líder justicialista. Lo cierto es que el diario rechazaba la opción militar. Sin dejar de criticar duramente al régimen de la UCR del Pueblo, condenaba ante la inminencia del golpe de 1966, a quienes

"[...] son incapaces de sentir la democracia como un destino nacional".¹¹ Su postura frente a la dictadura de Onganía fue crítica, llegando a responsabilizar al gobierno por el *Cordobazo*, y pronunciándose enérgicamente contra las prácticas de tortura. Para el diario, la proscripción de los partidos y la clausura del parlamento cerraban los canales legítimos de expresión de la ciudadanía y creaban condiciones favorables para la intervención de los grupos subversivos. (Sidicaro 1993: 337, 342 y 343). El retiro militar y la reapertura del juego electoral y parlamentario aparecían cada vez más directamente como una resolución posible, necesaria y justa.

EL REGRESO DE PERÓN: DE LA ILUSIÓN AL DESENCANTO

Irónicamente, la fórmula que buscaban los intelectuales agrupados en el periódico para restringir la democracia a su dimensión electoral, sin que eso suponga la alteración de las normas y jerarquías sociales tradicionales, llegó de la mano del propio Perón. Tras el notorio fracaso de la "Revolución Argentina" cercada por los enormes estallidos populares y el agravamiento general de las tensiones políticas y sociales,¹² el desembarco en 1973 de un Perón con un discurso conciliador reunía finalmente los exigentes requisitos reclamados para restablecer la democracia "plena". La vuelta de Perón fue vislumbrada por el matutino como la única salida que permitiría contener la lucha social con el fin de restablecer el orden, cuando los experimentos pasados habían fracasado. Los intelectuales de *La Nación* y el ex presidente coincidían ahora en la necesidad de poner fin a los conflictos de clase que dominaban el horizonte, objetivo que se encaró incluso durante el gobierno de Héctor José Cámpora a través de la imposición del Pacto Social.¹³ Los editoriales no disimularon la satisfacción por la orientación política que encaraba el nuevo gobierno: "[...] el hombre que es dueño del más vasto poder político en la Argentina de hoy ha contribuido ya a crear condiciones capaces de hacer inadecuadas las analogías críticas entre el peronismo de 1973 y el de la época más abrupta"¹⁴

La democracia que finalmente se inauguraba debía servir para contener la radicalización popular que minaba las bases del orden social. No obstante, al surgir como resultado del desarrollo de las luchas sociales y políticas, alentó al movimiento obrero a recuperar el terreno perdido durante casi dos décadas de proscripciones, y generó expectativas no menores en el seno de los grupos de clase media radicalizados. Si en vida del caudillo, el movimiento huelguístico y la contestación en general pudo ser contenida con dificultad, su desaparición disolvió el último obstáculo que atenuaba el despliegue de la lucha social política. En ese contexto, crecían los rumores sobre la proximidad de un nuevo golpe de Estado. *La Nación*, que venía apoyando al gobierno hasta ese momento, empezó a dudar seriamente de su capacidad de garantizar el orden, y lo exhortó a superar sus conflictos internos, para alejar la amenaza que se cernía sobre la democracia. En el mes de marzo de 1975, una nota editorial advertía: "[...] el más alto número de ciudadanos empieza un día a considerar como dignas de crédito las mismas noticias catastróficas para el orden constitucional que un tiempo atrás hubiera rechazado por disparatadas [...] se ve al gobierno con poca disposición para situarse por encima de los conflictos

internos del movimiento que lo apoya [...] está a cargo de él evitar la recaída en experiencias que sería dañino reiterar [...].¹⁵

Las versiones golpistas aumentaron en el mes de abril. El matutino mostró preocupación por el tema y publicó las declaraciones de destacadas figuras del gobierno y de la oposición que negaban esa posibilidad: "Siempre hay golpistas, pero en la actualidad, sin éxito. Esta es la coraza del gobierno", afirmaba Balbín. "Las Fuerzas Armadas no están en ningún golpe",¹⁶ coincidía Lopez Rega. Lo cierto que la "coraza" parecía resquebrajarse. *La Nación* entendía que el peronismo estaba entrando en una nueva etapa, "[...] en la cual la vieja idea central fundada en un sistema de lealtad y devoción a la jefatura, pasa a coexistir con una fuerte voluntad de participación en el poder manifestada por todas sus partes."¹⁷ El conflicto dentro del peronismo, que es presentado como una lucha por espacios de poder entre el sector político y el sindical que "[...] entrarán inexorablemente en colisión en algún momento" es visto sin embargo con gran preocupación. Queda en manos de la Presidenta, utilizar correctamente "la carta del arbitraje", es decir, preservar el equilibrio. Resulta conveniente marcar que el desarrollo del antagonismo ideológico, político y social que crecía dentro y fuera del peronismo, aparecía en las páginas de *La Nación* como una lucha por espacios de poder: al interior del gobierno, sindicalistas y políticos procuraba obtener más poder, fuera de él, la "subversión" buscaba lo mismo. Planteadas así las cosas, la crisis política era provocada por un enfrentamiento entre aparatos que intentaban imponerse a la sociedad, sin que ésta tuviese relación alguna con esos aparatos y ese enfrentamiento. Se alimenta de este modo una forma de hacer-pensar que, con modificaciones en cuanto a los protagonistas pero sin alteraciones conceptuales, tuvo un importante desarrollo: la llamada "teoría de los dos demonios", formulada definitivamente en el *Nunca Más*, y retomada en incontables oportunidades.¹⁸

LA CUESTIÓN DE LA "SUBVERSIÓN"

Hacia el mes de abril de 1975 la junta de Comandantes de las Fuerzas Armadas estaba lejos de ser construida como demonio. Por el contrario, la "subversión" venía siendo demonizada por lo menos desde el *Cordobazo*. ¿Cómo aparecen aquellos que se proponían subvertir el orden social imperante en el discurso periodístico dominante de ese momento? ¿Qué los caracteriza? En general, predomina el empleo de imágenes fijas e independientes de la experiencia, a las que se suele hacer referencia bajo términos despectivos. El "delincuente subversivo" o el "terrorista", son los paradigmas de la época. Nótese en primer lugar, que el pensamiento y las motivaciones políticas aparecen, en esas denominaciones típicas, desdibujadas o borradas: se trata de un delincuente que atenta contra la sociedad, se trata, en otras palabras, de un "enemigo interno",¹⁹ al que se propone abiertamente eliminar en beneficio de la sociedad. Este tipo de operaciones se encuadran dentro de las técnicas habituales de la propaganda: el empleo de estereotipos, la sustitución de nombres, la selección arbitraria de la información, la repetición sistemática de palabras clave, la afirmación por sobre la argumentación, la alusión a la autoridad, el señalamiento del

"enemigo" (Brown 1978). Así, el "delincuente subversivo" se configura como un ideograma,²⁰ un ser ideológico que no tiene correspondencia directa con la realidad. Esto produce al menos dos efectos: por un lado, justifica por sí mismo la represión, por el otro, procura disolver las razones y la legitimidad política y social del sector en cuestión.²¹

¿Quiénes eran concretamente, los que practicaban este particular tipo de delincuencia? El sector más obvio es el de las organizaciones populares armadas. Pero hacia abril de 1975, empezó a crecer el campo de las acciones que son ubicadas en el campo de la subversión. Con el título de "Paros en cadena", *La Nación* reflexiona sobre el agravamiento de los conflictos obreros que se multiplicaban ese mes. Los paros en la justicia, trenes y subterráneos y especialmente el conflicto desatado en Villa Constitución, que era ubicado en el campo de las "huelgas políticas", "[...] despierta la fundada sospecha de la existencia de grupos [...] cuyos fines están mucho más allá del logro de conquistas gremiales y miran a sembrar el caos en la vida nacional."²² Sobre ese conflicto, resulta necesario apuntar que se desarrolló en el contexto del triunfo de la izquierda en los comicios gremiales de Unión Obrera Metalúrgica de esa localidad, lo que llevó al gobierno a denunciar un "complot subversivo" y a detener al grueso de la conducción electa, lo que a su vez provocó el inicio de una huelga con ocupaciones de fábrica que se extendió hasta el mes de mayo (Andujar 1998). El avance de la izquierda, aun bajo formas "democráticas" era equivalente al "caos" tanto para *La Nación* como para el gobierno. En un editorial de *La Nación* del mes de abril, titulado "La guerrilla que no se combate", se denuncia "[...] el aprovechamiento de las aulas escolares para fines de penetración ideológica subversiva [...]"²³ Se ve que el "enemigo interno" que propone aquí el periódico es bastante más amplio, se desplaza del plano de lo que se hace al de lo que se dice.

Por otra parte, no hay análisis en el diario sobre los cientos de asesinatos vinculados a la conocida organización paramilitar Alianza Anticomunista Argentina, que contaba con la complicidad notoria del Ministro de Bienestar Social López Rega,²⁴ lo que es coherente con la idea de "eliminar la subversión". Sin embargo, las dificultades que encontraba el gobierno para el desarrollo pleno de ese objetivo, vinculadas especialmente a sus propias contradicciones internas, alentó a *La Nación* a producir un desplazamiento discursivo en relación con lo que era posible y necesario para alcanzar la "pacificación".

PENSAR LA NECESIDAD DE UN GOLPE DE ESTADO

En la sección anterior cité la nota editorial publicada el 14 de abril de 1975, que hacía referencia a la "[...] existencia de grupos [...] cuyos fines están mucho más allá del logro de conquistas gremiales y miran a sembrar el caos en la vida nacional". La perspectiva del "caos" que portarían esos "grupos" -que habían ganado recientemente las elecciones gremiales en la UOM de Villa Constitución- aparece, en un editorial publicado cuatro días después, opuesta a la voluntad del grueso de la ciudadanía. La "prueba" ofrecida de esa voluntad, surgía de las elecciones que tuvieron lugar a mediados de mes en la

provincia de Misiones: los votos del triunfante Frente Justicialista de Liberación sumados a los de la Unión Cívica Radical, ascendían al 85 % del total, lo que según el diario reflejaba la decisión de "[...] respaldar a través de los partidos más fuertes al proceso cívico cuya meta es una estabilización institucional."²⁵ Hasta aquí, nada indicaría la presencia de un discurso que invite a un golpe de Estado.

Ahora bien: dominando la primera plana de esa edición del 18 de abril, un artículo informativo anunciaba la visita de Augusto Pinochet en estos términos: "El ilustre huésped es, antes que nada, un destacado militar de carrera al que sólo una singular coyuntura histórica, que puso en peligro la pervivencia de las instituciones democráticas tradicionales en el país hermano lo sacó del austero ámbito castrense para proyectarlo en el difícil campo de la actividad política"²⁶. Como se puede ver, los presupuestos que surgen en esta crónica son altamente significativos: el responsable directo del golpe de Estado en Chile aparecía como defensor de las instituciones democráticas, de ese modo, la interrupción de la democracia es presentada como su contrario. Las consecuencias de este planteo sobre la coyuntura argentina eran de suma importancia: nótese que la "singular coyuntura" chilena se diferenciaba de la argentina principalmente por el hecho de que el gobierno de Salvador Allende, elegido democráticamente, se propuso llevar a cabo profundas reformas que afectaban los intereses de la clase dominante. La nota funciona entonces como advertencia: si la Argentina avanzaba por una senda similar, una dictadura podría ser pertinente para resguardar las "instituciones democráticas".

¿Pero como es posible pensar en una perspectiva tal si el gobierno de Perón - que contó con el explícito apoyo del diario- y el de su sucesora habían dado sobradas muestras de ubicarse bien lejos de esa senda? Teniendo en cuenta la situación política y social, en el marco de la cual se registraban un promedio superior a ocho enfrentamientos armados y otros tantos conflictos obreros por día (Marín 1996), (Izaguirre 1994), podría ocurrir que, más allá de los deseos y de su propia orientación, el gobierno fuese incapaz de controlar el "caos" interno y externo que se cernía sobre él, viéndose afectado de igual modo el proceso de acumulación o, en términos de *La Nación*, "amenazando las instituciones". Y ese es justamente el panorama que comenzaba a presentarse, según los editoriales, y el que operó un importante desplazamiento en el discurso del matutino en relación con lo que era posible y necesario hacer frente a tal situación. En este sentido, la crónica elogiosa respecto a Pinochet resulta todavía más significativa si se tiene en cuenta que tres páginas más adelante se anunciaba la ruptura de la Democracia Cristiana con el gobierno de facto chileno en términos tajantes. Esa fuerza, que ciertamente no figura entre las consideradas subversivas por *La Nación*, lo describía como "[...] una dictadura de derecha, con manifestaciones fascistas y tendencia a perpetuarse"²⁷ La preocupación por la instalación de dictaduras prolongadas que encontramos hacia la década del '60 ha desaparecido de las páginas del matutino.

Una vez que la vía democrática fue considerada inviable, surgió un discurso tendiente a hacer-pensar y hacer un golpe de Estado que contribuyó con el

peso de su influencia a crear una corriente de opinión favorable o resignada a esa tentativa. Mensajes equivalentes al elogio a Pinochet desaparecieron por un tiempo, para volver con mucha más fuerza y con un carácter sistemático a partir del mes de julio, momento en que la lucha de clases alcanzó probablemente el punto de desarrollo más elevado de todo el período. La fecha se vincula con las Jornadas de Junio y Julio de 1975, cuyo desenvolvimiento, junto a los posicionamientos del matutino, serán tratados en el siguiente apartado.²⁸

LAS JORNADAS DE JUNIO Y JULIO DE 1975 Y LA (RE)PRODUCCIÓN DEL DISCURSO GOLPISTA

En junio de 1975 vencía el plazo para la renegociación de los convenios colectivos, congelados desde 1973 por el Pacto Social. En una coyuntura en la que se preveían fuertes presiones del movimiento obrero para avanzar en la distribución del ingreso, el gobierno, de la mano del nuevo ministro de economía, Celestino Rodrigo, decidió lanzar un paquete de medidas opuestas a las expectativas de los trabajadores. A principios de junio, se dio a conocer la intención de implementar un tope del 38% a los aumentos salariales, y se anunció una devaluación del peso que llegaba al 160%, el aumento entre el 40% y el 70% del costo de los servicios públicos y de un 170% en la nafta. Los anuncios provocaron una ola de asambleas, huelgas y manifestaciones que empezando por Córdoba, se extendió rápidamente a Santa Fé, Mendoza, Buenos Aires, y de allí, al resto del país. En la mayoría de los casos la lucha se desenvolvía en contra de las resoluciones de las direcciones sindicales nacionales y provinciales que llamaban a esperar el resultado de las negociaciones con el gobierno (Cotarelo y Fernández 1998).

A medida que crecía en magnitud, el conflicto iba convirtiéndose en el centro del debate nacional. En un agudo análisis, *La Nación* advertía que la presión de las bases sobre la dirección cegetista acotaba sensiblemente el margen de maniobra de esta última que, si cedía ante las pretensiones del gobierno del que formaba parte, corría el riesgo de ser desplazada. Las consecuencias de esto último, teniendo en cuenta la progresiva radicalización de un sector de las masas y el crecimiento paralelo de la izquierda, resultaban tan inaceptables para la conducción de la CGT como para el diario, que a pesar de su evaluación siempre negativa de la intervención del sindicalismo, veía en esos dirigentes un muro de contención frente al desarrollo de las corrientes revolucionarias. Esto aparecía expresado con gran claridad al destacarse "[...] la certeza del compromiso existente en última instancia de los actuales cuadros sindicales con el sistema político y social vigente y la incertidumbre sobre las consecuencias que podría acarrear una pérdida de predicamento frente a sus bases en circunstancias en que corrientes de signo contrario pugnan ahincadamente por aflorar."²⁹

La actitud de los editorialistas fue expectante desde el lanzamiento del plan económico, mientras dudaban explícitamente de su viabilidad. En efecto, hacia el 25 de junio prácticamente todos los sindicatos habían firmado convenios colectivos con aumentos entre el 50 y el 130%, en todos los casos, superando

el tope que intentaba imponer el gobierno, que se había elevado por ese entonces del 38 al 45%. Para esos días, empezaron a circular rumores que denunciaban la intención del Ejecutivo de anular las paritarias. Esto obligó a la CGT a convocar a una huelga general a cumplirse en Capital y Gran Buenos Aires entre las 10 y las 14 horas "en apoyo a la presidenta y por la homologación de los convenios". La medida se extendió de hecho a 24 horas y se cumplió con movilizaciones en todo el país. El gobierno de Isabel Perón tomó nota de la contundencia de la medida, y al día siguiente decidió un aumento de 80% de los salarios escalonado hasta enero de 1976, y la anulación de los convenios.

La incertidumbre del momento era reflejada por el periódico, que subrayaba la imposibilidad de "[...] medir la magnitud ni la índole de las reacciones que se originarán en el campo obrero"; recordaba una vez más que "Falta saber, además, si los hombres de la conducción laboral seguirán contando con el respaldo de las bases"; y advertía nuevamente que "[...] los dirigentes deben precaverse de un peligro harto notorio: el de la extrema izquierda avizorante[...]"³⁰ Lo cierto es que lejos de apaciguar los ánimos los anuncios presidenciales provocaron la declaración de cientos de huelgas en todo el país. Desde Capital y Gran Buenos Aires, numerosas columnas de trabajadores se encaminaban permanentemente al edificio de la CGT para reclamar la huelga general hasta la homologación de los convenios, y la renuncia de los ministros López Rega y Rodrigo. Estos últimos sucesos, hacia el fin de junio, parecían confirmar los peores presagios imaginados por el diario, y fueron los que, según intentaré mostrar a continuación, determinaron su vuelco definitivo a contribuir al campo golpista.

Un primer elemento que surge del análisis comparativo de las ediciones de *La Nación* es que el espacio dedicado a las Fuerzas Armadas tendía a crecer en distintas secciones. La "Agenda", espacio reservado para informar sobre actos, aniversarios, ceremonias, novedades, anuncios y actividades militares se convirtió en julio en una sección diaria, mientras que durante los meses anteriores, su publicación era, si bien considerable, irregular: en los meses de marzo y abril, dieciocho días de cada mes, quince en mayo, catorce en junio. Mucho más sugerente aún resulta la serie de crónicas que daban cuenta de numerosas reuniones castrenses, celebradas con el propósito de decidir los próximos movimientos ante la espiral ascendente de la lucha de clases. Así, se puede leer que "En fuentes militares [...] no se descartaba [...] (que) la conversación hubiera girado en torno a los modos de acción por seguir por las Fuerzas Armadas frente a las diversas circunstancias que se pudieran producir en el orden institucional";³¹ o "[...]se aseveró que los comandantes [...] estaban comprometidos a actuar en conjunto y no individualmente ante cualquier eventualidad que exigiera la intervención militar";³² o bien, "Los comandantes [...] habían convenido en llevar el pensamiento militar a la jefa de Estado sobre el procedimiento más apto para superar la crisis y evitar mayores daños a la economía nacional."³³

En una atmósfera enrarecida por las versiones golpistas, las conversaciones castrenses acerca de "los modos de acción por seguir" o la "eventualidad que exigiera la intervención militar", implican claramente que se considera el

derrocamiento del gobierno. Si bien la deliberación por parte de los altos mandos era una constante desde 1955, la aparición de este tipo de información en numerosas oportunidades, en primera plana, y citando fuentes no identificadas, sin que medie la menor reflexión -en un diario que acostumbra hacerlas- contribuyó a provocar un efecto de realidad en el que el campo de lo posible tiende a estrecharse cada vez más en torno a un golpe de Estado. Su presentación como un proceso en marcha, apela además a la fuerza de los hechos consumados para ganar la aceptación por parte de los lectores y de la población en general. La idoneidad y competencia política de los militares se asume en uno de los ejemplos citados, identificando su opinión con el interés de la "economía nacional", aunque este punto aparece con mayor claridad en los editoriales. Finalmente, la alarma ante "las diversas circunstancias que se pudieran producir en el orden institucional", en un marco de enorme agitación social, recuerdan a aquél "destacado militar de carrera al que sólo una singular coyuntura histórica, que puso en peligro la pervivencia de las instituciones democráticas tradicionales en el país hermano lo sacó del austero ámbito castrense para proyectarlo en el difícil campo de la actividad política". Para presentar el golpe contra las instituciones como un acto en su defensa, se buscaba instalar la idea de que era el propio gobierno electo quien las amenazaba. Los artículos de opinión apuntaban, en consonancia con los presupuestos de las noticias, en esa dirección.

El 6 de julio, con el título "El agobio del país" se buscaba dar cuenta del motivo del resquebrajamiento de la democracia: "[...] el país entero ha sido envuelto en las dramáticas peripecias de una lucha por el poder cuyos contendientes principales son los dirigentes del gremialismo peronista por un lado, y por el otro, el ministro de Bienestar Social, (quienes libran) [...] una batalla en la cual los desmoronamientos pueden no tener el nombre de personas, sino de instituciones". Si se considera que López Rega contaba con el aval presidencial, y que había sido, además, el principal impulsor del ministro Rodrigo y de sus medidas, debe concluirse que es el propio gobierno quien había pasado a integrar uno de los "bandos", en el mensaje del periódico. Opuesto a él, el sindicalismo peronista, decidido a "[...] actuar como si fuera impotente para contener a los sectores propensos al empleo del terrorismo"³⁴.

Esto último marca un cambio de posición con respecto a los dirigentes gremiales. Durante el mes de junio, se advertía que el apoyo de las bases podía escurrirse de las manos de la CGT, en favor de la izquierda. En efecto, la primera semana de julio estuvo caracterizada por una extendida rebelión en el movimiento obrero de las principales ciudades del país que, rechazando la anulación de las paritarias, comenzaba a organizarse independientemente de la central sindical y en torno a distintos sectores de izquierda y antiburocráticos.³⁵ Completamente rebasada, la dirección gremial peronista convocaba a un paro nacional de 48 horas a partir del día siete. Lo que temía *La Nación* se había concretado.

A partir de ese momento, las miradas de los editorialistas se volcaban abiertamente hacia el único sector que consideran "por encima del conflicto" y por lo tanto, único capaz de superarlo. Al tiempo que se insistía con que la "[...] crisis política social y económica que estremece desde hace varios días a la República ha comenzado a desgastar los resortes más delicados del sistema

institucional", se consideraba "[...] inocultable la preocupación con la cual las Fuerzas Armadas siguen el proceso que ciernen peligros sobre la seguridad interna [...]". La actitud "prescindente" de estas últimas frente a uno u otro bando, les arrogaba la facultad de poner a salvo "las instituciones". En efecto, se aseguraba que "La cohesión que están demostrando las Fuerzas Armadas consigue amortiguar la angustia colectiva por las derivaciones de esta colisión que mantiene prácticamente paralizada a la República desde hace una semana"³⁶

Si retrocedemos algunos meses, recordamos que desde los editoriales se insistía en la necesidad de superar las divisiones dentro del oficialismo, alcanzando un equilibrio entre las partes. La "carta del arbitraje", estaba en manos de la Primer Magistrada, cabiéndole la responsabilidad de lograr un entendimiento. Como se ve, el diario le reclamaba a la presidente que actúe como lo había hecho el propio Perón. Sin embargo, la dinámica de la lucha de clases había entrado en un estadio difícilmente manipulable. La "colisión" parecía inevitable. Recordemos que en el mes de marzo se advertía que "[...] se ve al gobierno con poca disposición para situarse por encima de los conflictos internos del movimiento que lo apoya" y que "[...] está a cargo de él evitar la recaída en experiencias que sería dañino reiterar". A partir de las Jornadas, quedaba descartada la posibilidad de mediación, ya que el Ejecutivo aparecía entonces consustanciado con una de las partes. Por lo tanto, difícilmente podía cumplir con la responsabilidad que se le asignaba. Debía recurrirse a alguien capaz de situarse por encima del conflicto, para salvaguardar a las "instituciones". Ese alguien eran las Fuerzas Armadas. Para sostener tal postulado debe omitirse deliberadamente el carácter democrático de estas últimas, aún en su dimensión electoral. Tratándolas como un ente abstracto, quedan despojadas de su contenido real, para convertirse en un simple recurso lingüístico que remite al mantenimiento del orden social. Quizás sea ese precisamente, el límite de la "profunda vocación democrática" de estos acólitos del pensamiento liberal.

A MODO DE CONCLUSIÓN

La homologación de los convenios y la renuncia de los ministros Lopez Rega y Rodrigo, fueron los episodios concluyentes de las Jornadas. Después de eso, el tono de la contestación popular se redujo, y no volvió a alcanzar una envergadura semejante sino hasta marzo de 1976, en ocasión del llamado plan Mondelli, de tenor similar al Rodrigazo. La respuesta a esa renovación de la rebelión obrera se tradujo en el golpe de Estado que le siguió. Para ese momento, la (re)producción de un discurso que lo presentaba como legítimo y necesario en la que *La Nación* jugó un papel destacado, había rendido sus frutos. El golpe fue bien recibido en las filas propietarias y por amplios sectores de la sociedad.

Ubiqué el primer antecedente de esa campaña en abril de 1975. La reivindicación de Pinochet revelaba hasta que punto se habían corroído las esperanzas del matutino en la vía democrática como un camino hacia el reestablecimiento del orden social. Si hay que señalar cuándo se inicia ese

proceso, resulta necesario remontarse a principios de 1975, cuando el halo de prestigio heredado por la presidente empezaba a desvanecerse. El discurso de Perón había cosechado el apoyo de sectores tan disímiles como pueden ser la derecha liberal y los Montoneros, la burocracia sindical y por supuesto, de la mayoría de los trabajadores. Visto en perspectiva, es posible afirmar que el bien diferenciado signo de las expectativas que despertó en cada uno de ellos, anticipaba el naufragio de un proyecto que la desaparición del líder no hizo más que acelerar. La confianza en su sucesora desapareció a ritmos distintos de los que presumiblemente se hubieran impuesto si Perón hubiese conservado el timón. Lo cierto es que las luchas sociales y políticas habían alcanzado un nivel que preocupaba cada vez más a los intelectuales de *La Nación*. Por fin, la amplia rebelión del movimiento obrero que se tradujo en las Jornadas terminó por convencerlos del fracaso definitivo de su proyecto. Las masas que habían juzgado manipulables, rebasaban a los que habían sido hasta ese momento sus referentes políticos y sindicales, al tiempo que crecía sostenidamente la influencia de la "izquierda avizorante".

A partir de ese momento, el discurso del matutino se modificó en la consideración de lo que era posible y justo, e incluso en la formulación de la realidad. En el marco del conflicto de Villa Constitución, las "huelgas políticas" despertaban "[...] la fundada sospecha de la existencia de grupos [...] cuyos fines están mucho más allá del logro de conquistas gremiales y miran a sembrar el caos en la vida nacional"; tras las Jornadas, son consideradas como "[...]una indebida presión -no menor que la salida de tanques- sobre la organización institucional"³⁷ La equiparación de las huelgas "políticas" con un golpe de Estado permite presentar el derrocamiento del gobierno como una restauración institucional, es decir, un acto de justicia. Los ejes desarrollados desde entonces buscaron demostrar la incapacidad del gobierno para garantizar "el normal funcionamiento de las instituciones", e incluso, plantear la ilegitimidad de sus propios actos, situaciones que según se daba a entender, iban a ser solucionables mediante un régimen militar.

Por último, es conveniente señalar que la construcción del golpe, donde que *La Nación* jugó un rol no menor, convergía con las necesidades de una clase dominante que estaba decidida a retomar el control, y que no había dudado en recurrir a ese mecanismo en el pasado. La conformación, tras las Jornadas, de la Asamblea Permanente de Entidades Gremiales Empresarias,³⁸ que reunía a las principales corporaciones económicas del país detrás de un discurso golpista y represivo apenas disimulado permite pensar que la prédica del matutino reproducía en parte el discurso dominante, interviniendo a la vez activamente en su producción. El análisis del tratamiento informativo y de los editoriales nos revela un esfuerzo consciente y creativo tendiente a hacer-pensar desde su perspectiva la esencia de los acontecimientos nacionales. Intervino, de este modo, en la elaboración de una salida ajustada a los intereses de los sectores que quería (quiere) representar y contribuyó a generar consenso en ese sentido. Ese esfuerzo continúa operando con vigor: los discursos sobre los "infiltrados", y aún sobre la "subversión" fueron retomados poco antes y después de las Jornadas de Diciembre de 2001; otros, como el del problema de la "(in)seguridad", continúa desplegándose con algunas modificaciones en la actualidad.

BIBLIOGRAFÍA

Andujar, A. (1998): "Combates y experiencias. Las luchas obreras en Villa Constitución (1974-1975)", en *Taller. Revista de Sociedad, Cultura y Política*, N°6, Bs. As., abril de 1998

Angenot, M. (1983): "Intertextualidad. Interdiscursividad. Discurso Social", en *Revista de Crítica y teoría Literaria*, UNR

Angenot, M. (1984): "El discurso social. Problemática de conjunto". Traducción del CEA, UNC.

Blanco, E. (1992): "El golpe militar del 24 de marzo de 1976 fue anunciado y apoyado por los medios", en *La Maga*, Bs. As., 18 de Marzo de 1992

Brown, J.A.C. (1978): *Técnicas de persuasión*, Madrid, Alianza.

Colom, Y. y Salomone, A., (1998): "Las coordinadoras interfabriles de Capital y Gran Buenos Aires, 1975-1976", en *Razón y Revolución*, N° 4.

Cotarelo, M.C. y Fernández, F. (1997): "Lucha del movimiento obrero y crisis de la alianza peronista. Argentina, junio y julio de 1975 y marzo de 1976", en *PIMSA, Publicación del Programa de Investigación sobre el Movimiento de la Sociedad Argentina*.

Cotarelo, M.C. y Fernández, F. (1998): "Huelga general con movilización de masas. Argentina, junio y julio de 1975", en *PIMSA, Publicación del Programa de Investigación sobre el Movimiento de la Sociedad Argentina*.

Chomsky, N. y Herman, (1990): E. S., *Los guardianes de la libertad*, Barcelona, Crítica.

Deutsch Mc G. y Dolkart (1993): *The Argentine Right. Its History and intellectual origins. 1910 to the present*, Wilmington, Sr Books.

Díaz, C. (2002): *La cuenta regresiva: la construcción periodística del golpe de estado de 1976*, Buenos Aires, La Crujía

Foucault, M. (1980): "Verdad y poder" en: *Microfísica del poder*, Madrid, ediciones La Piqueta.

Foucault, M. (1976): *La genealogía del racismo*, Buenos Aires, Altamira.

Getino, O. (1995): *Las industrias culturales en la Argentina*, Buenos Aires, Colihue.

Gramsci, A. (1984) *Los intelectuales y la organización de la cultura*, Bs. As., Nueva Visión.

Gramsci, A. (1971) "El príncipe moderno" en *La política y el Estado Moderno*, Barcelona, Ediciones Península.

Izaguirre, I. (1994): *Los desaparecidos: recuperación de una identidad expropiada*. Bs. As, Centro Editor de América Latina.

James, D. (1990): *Resistencia e integración. El peronismo y la clase trabajadora argentina, 1946-1976*, Bs. As., Sudamericana.

Marín, J. C.(1996): *Los hechos armados. Argentina 1973-76. La acumulación primitiva del genocidio*, Buenos Aires, Editorial La Rosa Blindada y PI.CA.SO.

O'Donnell, G. (1991): *El estado Burocrático Autoritario, 1966-1973*, Bs. As., CEAL.

Raiter, A. (1990): *Lingüística y política*, Bs. As., Biblos.

Rojas, B. (2005): "Desaparición y Disciplinamiento Social: Notas para una genealogía de la desaparición" en: *Cyber Humanitatis* N° 35.

Schneider, A. (2006): *Los compañeros. Trabajadores, izquierda y peronismo (1955-1973)*, Buenos Aires, Imago Mundi.

Sidicaro, R. (1993): *La política mirada desde arriba. Las ideas políticas del diario La Nación 1909-1989*, Bs.As., Sudamericana.

Sidicaro, R. (2003): *Los tres peronismos. Estado y poder económico, 1946-55 / 1973-76 / 1989-99*, Buenos Aires, Siglo XXI.

Therborn, G. (1987): *La ideología del poder y el poder de la ideología*, Buenos Aires, Siglo XXI.

Torre, J.C. (1989) *Los sindicatos en el gobierno 1973/1976*, Bs. As., CEAL.

Verón, E. (1987) *Construir el acontecimiento*, Barcelona, Gedisa.

¹ Esta corriente promueve, además de la defensa del orden social imperante, una visión restringida de la democracia y una amplia apertura económica y cultural en la relación con los países de capitalismo más desarrollado. Ver Deutsch y Dolkart (1993). El problema de qué "versión restringida" de la democracia será abordado más adelante.

² Hacia la década del '70, el matutino tenía una tirada de cerca de 250.000 ejemplares. Ver Getino (1995).

³ Resulta muy sugerente que Gramsci le asigne ese papel en Italia al *Corriere della Sera*, diario que, merced a un convenio editorial con *La Nación*, fue vendido en forma opcional junto a este último durante los últimos años (Gramsci 1971).

⁴ Para un panorama de los posicionamientos de los principales medios gráficos hacia el mes de marzo, ver, entre otros, Blanco (1992) y Díaz (2002).

⁵ Aquí, este trabajo se distancia de la idea sostenida en estudios como los ya citados de Sidicaro y de Díaz que sugieren sobre la base de la lectura de los editoriales, que *La Nación* se habría volcado a un discurso golpista recién en el mes de marzo de 1976.

⁶ Las presuposiciones comprenden aquella parte del discurso que sin aparecer explícitamente, subyacen y por lo tanto son coextensivas a la proposición original. Al introducir una idea en forma de presupuesto, se busca exonerarla del universo de lo opinable, pretendiendo que el

interlocutor no pueda más que aceptarla (Angenot 1983 y 1984). Por lo tanto, procuraré hacer aparecer lo que no es asumido y muchas veces gobierna el pensamiento ideológico de *La Nación*.

⁷ El análisis que se emprende es de carácter global, por lo que no consideraré separadamente los artículos que aparezcan firmados, sino que el matutino será abordado como emisor unificado, siguiendo los modelos de análisis predominantes de los medios de comunicación. (Raiter 1999), (Verón 1987). En este marco, tendré en cuenta los aportes de Therborn (1987), que propone identificar en los discursos una cadena de significaciones con distintas modalidades de interpelación ideológica en el nivel de lo que se afirma que existe, lo que es bueno o justo y lo que es posible. Así, aún cuando un determinado estado de cosas sea desaprobado, puede justificarse desde lo que se juzga posible o imposible en cada momento, favoreciendo el sostenimiento de un orden determinado.

⁸ Durante ese período ambas leyes conservaron su vigencia, y la represión adquirió características inusitadas durante la Semana Trágica, momento en el que por primera vez aparecen en el escenario bandas armadas paraestatales como la Liga Patriótica, y en el marco de las Huelgas patagónicas, cuando por orden presidencial el Ejército intervino directamente en el conflicto provocando ejecuciones masivas.

⁹ *La Nación*, "Editorial", 13/3/1963, p.6

¹⁰ *La Nación*, "Editorial", 19/5/1963, p. 6

¹¹ *La Nación*, "Editorial", 22/3/1966, p. 6

¹² Para un panorama de las principales luchas y estallidos populares desde la caída de Perón, y en particular, a partir del período que se abre con el Cordobazo pueden consultarse, entre otros, James (1990); Schneider (2006); Torre (2004).

¹³ Establecido el 8 de junio de 1973, establecía entre otras cosas, en la suspensión por dos años de las convenciones colectivas que debían instrumentar las discusiones salariales. Sin embargo, las presiones del movimiento obrero tendientes a desconocer esa tregua fueron constantes; Perón debió pronunciarse con gran contundencia para reafirmar la vigencia del pacto –que fue ampliamente desconocido en la práctica- antes de asumir la presidencia.

¹⁴ *La Nación*, "Editorial", 23/6/1973, p. 8, citado en Sidicaro (1993: 373)

¹⁵ *La Nación*, "Editorial", 20/3/75, p.8

¹⁶ *La Nación*, 1/4/1975 p. 10 y 22

¹⁷ *La Nación*, "Editorial", 6/4/1975, p. 8

¹⁸ En el estudio que nos ocupa, el texto de Díaz, que describe a la sociedad como una "[...] 'espectadora impotente' [de] cómo distintos grupos armados dirimían sus diferencias" (Díaz, 2002: 69), resulta un nítido ejemplo.

¹⁹ Esta idea, aparece con claridad a partir de la aplicación del plan CONINTES (Conmoción Interna del Estado), durante el gobierno de Arturo Frondizi.

²⁰ El ideologema refiere a un significante dotado de aceptabilidad difusa en una sociedad determinada: constituye un "lugar común" del discurso dominante. (Angenot 1983 y 1984)

²¹ Sobre este punto, ver Rojas (2005). Según el autor, ese mecanismo permitió más adelante la legitimación de la práctica de desaparición de personas.

²² *La Nación*, "Editorial", 14/4/1975, p. 8

²³ *La Nación*, "Editorial", 6/4/1975, p.8

²⁴ Entre 1973 y 1976 esa organización fue responsable por el asesinato y la desaparición forzada de más de dos mil militantes obreros combativos y/o de izquierda. Ver Marín (1996); e Izaguirre (1994).

²⁵ *La Nación*, "Editorial", 18/4/1975, p.8

²⁶ *La Nación*, 18/4/1975, p. 1

²⁷ *La Nación*, 18/4/1975, p. 4

²⁸ Para un relato pormenorizado del desarrollo de las Jornadas, ver Cotarelo y Fernández (1997)

²⁹ *La Nación*, "Editorial", 12/6/1975, p. 8

³⁰ Todas las citas corresponden a *La Nación*, "Editorial" 30/6/1975, p. 8

³¹ *La Nación*, 1/7/1975, p. 1

³² *La Nación*, 4/7/1975, p. 1

³³ *La Nación*, 9/7/1975, p. 1

³⁴ Ambas citas pertenecen a *La Nación*, "Editorial", 6/7/1975, p.8

³⁵ Esta organización tuvo su expresión más destacada en las Coordinadoras Interfabriles de Capital y Gran Buenos Aires y en la Mesa Provisoria de Gremios en Lucha de Córdoba, formadas por comisiones internas y cuerpos de delegados y dirigidos por distintos sectores antiburocráticos y de izquierda. (Cotarelo y Fernández 1997) y (Colom y Salomone 1998).

³⁶ Todas las citas del párrafo corresponden a los artículos editoriales "El agobio del país" y "Gravedad de la situación", *La Nación*, 6/7/1975, p. 8.

³⁷ *La Nación*, "Editorial", 6/8/1975, p. 8

³⁸ Para un desarrollo del papel de las principales corporaciones empresarias en el golpe de 1976 se puede ver Sidicaro (2003: cap. 3).